

pero el artículo 2.º, que tocaba á la reorganizacion de la Alemania, merece ser conocido literalmente. Dice así: «Su majestad el emperador de Austria reconoce la disolucion de la actual confederacion alemana y da su asentimiento á una nueva organizacion de Alemania sin participacion del imperio austriaco. Promete igualmente S. M. reconocer la federacion especial del Norte de Alemania, que S. M. el rey de Prusia establecerá al Norte de la línea del Mein, y se declara conforme con que los Estados al Sur de esta línea formen tambien una union, cuya relacion nacional con la union alemana del Norte quedará reservada al acuerdo de ambas uniones (1)»

Al propio tiempo que Bismarck, Karolyi y Brenner firmaron la paz preliminar, firmaron tambien los generales Moltke y Degenfeld un armisticio de cuatro semanas. El rey de Italia accedió al armisticio solo cuando hubo apurado la última tentativa para obtener el país de Trento.

Los italianos habian ocupado el Tirol meridional cuando los austriacos habian evacuado á Venecia, y en virtud de esta ocupacion pidieron que se reconociera á la Italia en el armisticio el derecho de *Uti possidetis*; mas esta exigencia no fué apoyada por la Prusia, que ni estaba obligada á ello por su tratado de alianza, ni lo exigia un interés general. El conde de Bismarck hizo respecto de esto las declaraciones mas terminantes al embajador austriaco, y el ministro austriaco rechazó igualmente con toda decision la pretension de Italia y exigió del gobierno italiano antes de proceder al armisticio con él la evacuacion del Tirol meridional, rechazando igualmente toda modificacion de fronteras fuera de la cesion de Venecia, y declarando que volveria á emprender las hostilidades si la Italia no cedia. El rey Víctor Manuel se dirigió al emperador de los franceses, y éste tuvo la debilidad de hacer suya la exigencia del vencido de Custozza y de Lissa y de apoyarla en Viena; pero el gobierno austriaco se mantuvo firme, y el archiduque Alberto hizo saber al general La Marmora que volveria á emprender la ofensiva si el Tirol no quedaba evacuado en 24 horas. El emperador Napoleón dió nuevos pasos á favor de Italia, pero el ministro de Austria, Mensdorff, contestó por telégrafo: «El armisticio se firmará tan pronto como quede evacuado el Tirol.» La Italia tuvo que ceder y su empeño solo sirvió para hacer ver á la corte de Austria lo que era la mediacion francesa.

El apresuramiento con que el conde de Bismarck activó la firma de los preliminares de paz sin aguardar á Italia ni á sus reclamaciones particulares, fué debido á una razon tan poderosa, que el ministro italiano de Negocios extranjeros, Visconti-Venosta, escribió en 25 de julio á su embajador el conde Barral: «Comprendo y reconozco los motivos que explican suficientemente la necesidad imprevista que ha decidido á la Prusia á modificar su actitud desde el 20 de julio. Nuestro gobierno ha tenido que tomar en consideracion como su aliada las graves consecuencias que habrian resultado si hubiese naufragado la mediacion francesa.»

Cuando el estado mayor austriaco publicó en su obra esta carta del ministro de Italia, no se sabia todavía á qué motivo atribuir el cambio de la actitud de la Prusia; y solo despues de las revelaciones publicadas por Rothan resulta que la causa debió ser una protesta de la Rusia, que súbitamente abandonó su retraimiento en esta cuestion y pidió la

(1) El conde Karolyi habia pedido el día 25 que la Sajonia formase parte de la union de la Alemania del Sur, á lo cual Bismarck le habia contestado que si el Austria insistiera en esto quedarian concluidas las negociaciones, y que en este punto era tan inexorable que si el rey mismo se lo mandara, pediria al momento su destitucion. Con esto bastó para que el embajador austriaco no insistiera mas. *Las luchas del Austria*, tomo VI.

convocacion de un congreso europeo. Esto iba á trastornar toda la negociacion de paz de Nikolsburg, que estaba á punto de ser cerrada, porque el embajador de Rusia en Berlin, el conde de Oubril, declaró al ministro interino Werther que su gobierno consideraria nulos todos los cambios territoriales y políticos que la Prusia se proponia en Alemania si no eran sometidos á la libre discusion de una conferencia internacional, cuya autoridad el mismo gabinete de Berlin habia reconocido antes de la guerra. El ministro interino de Negocios extranjeros de Prusia no estaba preparado para semejante comunicacion y no quiso tomar conocimiento oficial de ella, á lo cual le respondió muy tranquilamente el embajador de Rusia: «Si no le basta á usted una comunicacion verbal se le dirá en una nota; tanto se nos da.» Al instante se enteró de esto el gabinete de las Tullerías, y el embajador ruso en Paris, baron de Budberg, hizo los mayores esfuerzos para ponerlo de su lado. Si el emperador Napoleón no hubiese tenido la mas absoluta confianza en lograrlo todo de la amistad del gobierno de Prusia, se habria adherido á la proposicion de la Rusia de reunir un congreso europeo y habria aprovechado la ocasion de hacerse en circunstancias muy favorables árbitro de la Prusia, del Austria y de Italia; pero en la confianza que abrigaba, rechazó y volvió á rechazar la proposicion cuando el embajador de Rusia insistió en ella, respecto de la cual escribió Drouyn de Lhuys á Benedetti: «La Rusia ha propuesto reunir en Paris un congreso de las potencias que han firmado la paz de Paris. Hemos desechado esta proposicion por parecernos incompatible tanto con nuestro papel de mediadores como con las relaciones amistosas que existen entre nosotros y la Prusia. Repetidas veces dirige el gabinete de San Petersburgo á la Francia y á la Inglaterra la invitacion de declarar que, como firmantes de los tratados que han organizado la Alemania, se reservan en principio el derecho de tomar parte en las modificaciones que hubiere en ella. Nuestra intencion es dar á esta segunda comunicacion rusa la misma contestacion que á la primera y por las mismas razones.»

La idea de un congreso, presentada por Napoleón mismo antes de la guerra, deberia haber sido para él una tentacion irresistible si no lo hubiese impedido otra idea, y era que tenia que temer mucho mas de un congreso de ministros plenipotenciarios que de todo cuanto se habia hecho ó se pensaba hacer en Nikolsburg. Pensaba recobrar la frontera del Rhin como compensacion de las incorporaciones que habia de efectuar la Prusia en el Norte de Alemania. Esta pretension de Napoleón fué presentada en Nikolsburg; y como de ninguna manera podia ser sometida á un congreso europeo, ni menos ser tratada seriamente en él, por eso no aceptó el gabinete de las Tullerías la idea del congreso europeo, y por eso no tienen la Francia ni Napoleón derecho alguno para hacer de ello un mérito y reclamar la gratitud de la Prusia.

CAPÍTULO V

EL PROYECTO DE ADQUISICION DE LA FRONTERA DEL RHIN Y EL FIN DE LA CONTIENDA CONSTITUCIONAL EN PRUSIA

Napoleón III ha sido el primer potentado de Francia que conoció y apreció á la Alemania, que nunca odió ni despreció á los alemanes y que hasta envidió y admiró á los prusianos. Ya se sabe que ni se crió ni educó en Francia, sino en el ostracismo entre alemanes y suizos. Sus mejores recuerdos de la edad juvenil se enlazan con el instituto de segunda enseñanza de Augsburg y el castillo de Arenenberg, cerca de Constanza. El hábito tibio de la vida de escuela y de familia de Alemania y el aire fresco de los Alpes de la libre

Suiza, dos cosas que el francés en general no siente ni comprende en toda su vida, fueron familiares á Napoleón desde su nacimiento y constituyeron una parte de sus recuerdos é ideas favoritas; y cuando en años posteriores, las personas que estaban á su lado observaron algo que no era ni francés ni corso ni napoleónico, creyeron encontrar en el emperador el antiguo alemán de su infancia. Ciertamente que cuando en agosto de 1840 se hallaba preso en la Conserjería, á raíz del loco atentado de Boulogne, hizo ni mas ni menos que lo que hubiera hecho cualquier alemán: tomó la obra de Schiller como consolador en su soledad y empezó á traducir al francés su poesía: *Los ideales*. Incluyó este trozo de traduccion en prosa francesa en la coleccion de sus obras, y el mismo trozo es un testimonio de la fuerza de atraccion que ejerce el gran poeta alemán sobre las personas de carácter osado, sin distincion de origen.

Del tiempo de su prision en Ham data un artículo notable escrito por él y que se encuentra en el primer tomo de sus obras (1). Este artículo trata de la organizacion del ejército en Francia; pero seria mas correcto darle el título de la organizacion militar prusiana, pues que de ésta habla, la describe, la ensalza y la presenta como modelo de la organizacion militar francesa. En la introduccion dice: «Uno de los generales que mas han contribuido á la organizacion del estado militar de Prusia, dijo un día: En un Estado bien organizado no debe conocerse dónde empieza el soldado y dónde acaba el ciudadano. Estas palabras pintan la idea fundamental de un sistema que acabará por ser adoptado infaliblemente por todas las potencias del continente, porque corresponde á las nuevas necesidades de los pueblos de Europa. Si una nacion quiere conservar hoy día su categoría é independencia, no basta que tenga algunos centenares de caballeros cubiertos de acero y de hierro ó algunos millares de soldados mercenarios y aventureros; ha de tener millones de gente armada, porque cuando estalla una guerra se avalanzan unos sobre otros pueblos enteros; durante la lucha, el génio decide la victoria; pero en la desgracia, únicamente la organizacion es la que resiste. Por lo mismo es indispensable para cada nacion que pueda poner sobre las armas ejércitos numerosos; pero como no hay Estado capaz de mantener constantemente cientos de miles de hombres en armas sin quedar exhausto, es preciso acudir á un sistema que en tiempo de guerra ofrezca las mayores ventajas sin imponer en la paz cargas demasiado onerosas. Cuando el Emperador (Napoleón I) luchó contra la Europa, pensó en esto á menudo; pero la Prusia lo ha realizado, para que no vuelva á sucumbir su monarquía á consecuencia de una sola batalla.»

Este modo de pensar era entonces muy anti-francés, pues lo que la clase media acomodada llamaba su *libertad política* consistia ante todo en el derecho de librarse con dinero del servicio militar y jugar á lo mas bastante cómodamente en la guardia nacional, que podia ser muy útil para defender esta misma libertad hácia arriba y hácia abajo, pero que nunca debia prestar servicio en las fronteras. La apología del servicio militar obligatorio como lo tenia organizado la Prusia hizo pensar á los franceses que el autor era un verdadero alemán de cabeza cuadrada y todavía mas inocente de lo que demostraban sus intenciones políticas.

Tambien pensó de muy diferente modo que los políticos peritos del gobierno, de la cámara y de la prensa respecto de la política necesaria del Estado prusiano y de sus relaciones con Francia. Siendo Presidente, lo mismo que cuando despues fué emperador de los franceses, se empeñó en hacer saber en Berlin que consideraba á la Prusia y no al Austria

(1) *Œuvres de Napoleon III*, tomo I, Paris, 1854, págs. 423-434.

como la verdadera gran potencia de Alemania; que creía igualmente insostenibles la forma de las fronteras de la Prusia y su subordinacion al Austria como cabeza de la confederacion, y que estaba animado del vivísimo deseo de ver destruido el dominio del Austria sobre la Alemania y la Italia y hasta de cooperar á su destruccion (2). Pero todo esto suponía una reserva que hacia imposible á cualquier rey de Prusia entrar sobre ello en negociaciones, y la obcecacion que impidió á Napoleón comprender la imposibilidad de tanta reserva, acabó por ser funesta al mismo emperador y á su política alemana. En agosto de 1857, hallándose Napoleón en Osborne, de sobremesa con el príncipe Alberto dijo á éste, entre el café y el cigarro, que para consolidar su familia en Francia le faltaba solo una cosa, pero que esta cosa era indispensable, á saber: restituir á la Francia la Bélgica y agregarle algunos trozos de la orilla izquierda del Rhin. A esto exclamó el príncipe asustado que costaria conmociones, luchas y catástrofes, y que la resistencia del parlamento inglés y de la Prusia causarían una guerra espantosa. Napoleón repuso: «De ninguna manera, ni un solo pistoletazo se disparará; al parlamento inglés le concederé un buen tratado de comercio, y si la Prusia comprende sus intereses, de buena gana me concederá dos millones de almas si en cambio puede tomarse en Alemania diez ó doce millones para sí.»

Esta fué la ilusion que causó la ruina del emperador. La Prusia no tenia ningun derecho escrito á mejorar la forma de sus fronteras y ensanchar su influencia. Podia adquirir este derecho por servicios positivos hechos á una política nacional creadora; pero esto justamente excluía hasta la apariencia de un acuerdo con la política de un Bonaparte. Nos parece tan monstruosa la ilusion de creer que un mismo rey de Prusia podria ceñirse la corona imperial de Alemania con una mano y con la otra vender, como Judas, una parte al enemigo mortal de la nacion, que no creieramos en la realidad de tal ilusion si no constara en documentos fehacientes. La ilusion por lo demás era tan fuerte que un hombre de Estado prusiano supo servirse de ella para guiar al emperador como los domadores de osos les guían en las ferias por medio de un anillo enganchado en sus narices. Hay que decir, sin embargo, para excusar á Napoleón, que su ilusion fué la de todos los hombres de Estado de Francia, como lo era la de creer invencibles las armas francesas. Muy particularmente estaban sujetos á esta creencia ilusoria los hombres de la diplomacia imperial y en primera línea su embajador en Berlin, el conde de Benedetti.

Como la desgracia del segundo imperio resultó de las negociaciones relativas á las fronteras del Rhin, que Napoleón exigió por via de compensacion, y segun Bismarck por via de *propina*, para permitir el engrandecimiento de la Prusia, los bonapartistas han arrojado sobre Benedetti, por cuyas manos pasó todo este asunto, las mas amargas reconveniones, acusándole sobre todo de haber dejado al emperador en la ignorancia de los verdaderos móviles de la política prusiana, y de no haberle avisado á tiempo y enérgicamente antes de presentar tales exigencias. Benedetti se ha defendido contra todas estas acusaciones en su libro: *Mi mision en Prusia* (3), en cuya obra ha demostrado con documentos que hasta estallar la guerra sus informes relativos á personas y cosas en la corte de Prusia habian sido completísimos é imparciales, y que abandonado, sin instrucciones, de su gobierno enfrente de cuestiones que le asaltaban diariamente en

(2) Véase la mision de Persigny, en los años 1850 y 1851. Sybel: *Apuntes históricos*, tomo III, pág. 551. La mision del marqués de Pépoli en el invierno de 1858 y 1859. Simson: *Sobre las relaciones de Napoleon III con Prusia y Alemania*, Friburgo, 1882, pág. 20.

(3) Paris, 1871.

aquella época de gran crisis, no omitió nada para facilitar datos al ministerio de Negocios extranjeros en París y ponerlo al corriente de todo con multitud de noticias sacadas directa é inmediatamente de las mejores fuentes. Benedetti al comentar en su correspondencia estas mismas noticias, analizándolas y dándoles su valor político, dió pruebas de un criterio acertadísimo, pruebas que no ha vuelto á dar en sus actos posteriores.

Verdad es que no entendió la política alemana del conde de Bismarck. No tomó por lo serio la proposición de una reforma federal y la convocación de un parlamento alemán según la ley electoral de 1849, pues para Benedetti no era esto más que un recurso de Bismarck para obligar al Austria á la guerra. Por otra parte dudaba también de que Bismarck tomase en serio su política belicosa, y de ninguna manera creyó que la Prusia vencería por sí sola al Austria y á los Estados secundarios. En cambio juzgó con una exactitud que sorprende en un observador francés la opinión que prevalecía en Prusia y lo que una potencia extranjera pudiese proponer á este pueblo y á su rey sin herir su dignidad. Respecto de esto escribió en 8 de junio de 1866: «Para acallar los celos que la Francia inspira en Alemania hemos hecho mucho en el transcurso del tiempo, pero esos celos persisten y volverían á despertarse unánime é irresistiblemente al menor motivo de sospecha de que pretendiéramos ensancharnos del lado del Rin. El conde de Bismarck es el único que se ha acostumbrado á la idea de que la Prusia pudiera tener interés en concedernos un aumento territorial, y sin embargo lo más que concedería sería una rectificación más ó menos considerable de las fronteras comunes á ambos países. No puede preverse á lo que podría obligar la guerra al gobierno prusiano, pero en este momento ningún prusiano, desde el rey hasta el más humilde de sus súbditos, soportaría que se trasladase la posibilidad de hacer semejante sacrificio. El príncipe heredero, tan penetrado de los peligros de la política que presencia, ha declarado hace poco á uno de mis colegas con la mayor decisión que preferiría la guerra á comprar la incorporación de los ducados con la cesión del pequeño condado de Glatz. A pesar de la previsión general de que se buscará nuestro apoyo, la Prusia no se olvida de que nada tiene que temer de la ambición de otras potencias y de que no obstante se piensa en Francia en hacerse con la orilla izquierda del Rin.»

El 8 de junio parecían olvidados los temores de que la codicia francesa pretendiese la frontera del Rin, cuando los despertó rudamente la carta del 11 de junio. Bajo la impresión de esta manifestación del emperador, escribió Benedetti á su gobierno el 15 de junio: «Este documento ha causado en Berlín una impresión profundísima y es en este momento objeto de todas las conversaciones; para no ocultar lo que sé, debo decir á V. E. que esta carta ha provocado en la opinión pública un verdadero sentimiento de recelo. Como todo el mundo prevé aquí que la guerra no puede menos de modificar la distribución territorial de Alemania, y como todos suponen que esta guerra sería infructuosa para la Prusia si no consiguiera alguna conquista, se infiere del lenguaje del emperador que está desde luego firmemente decidido á exigir para la Francia concesiones territoriales de igual valor. A ninguna persona ocurre pensar que nuestras fronteras podrían ser ensanchadas á expensas de potencias vecinas que no han tomado parte en la guerra, y de consiguiente se añade que han de ser provincias alemanas las cedidas á la Francia, y esta previsión da lugar en el campo de los adversarios del gobierno prusiano á las acusaciones más exasperadas. Habían creído sus amigos que la Prusia estaba segura de la neutralidad benévola y desinteresada de la

Francia, y ahora les ha sorprendido tanto más lo que dice el emperador sobre la posición futura de los Estados secundarios y sobre la conservación de la preeminencia del Austria, cuanto que es incompatible con la reforma federal proyectada por la Prusia. La carta de S. M. parece de consiguiente á los ojos de ambos partidos destinada á anular las ventajas que se esperan sacar de esta guerra y á reservar para la Francia todos los beneficios que resulten de ella. La doctrina de que la Alemania debe ser un poder unido con el derecho de arreglarse á su conveniencia tiene aquí cegadas las inteligencias más despreocupadas y se rechaza con indignación toda idea de arreglo que implique la pérdida de cualquiera parte de su territorio.»

El conde Benedetti no tuvo encargo de tocar esta cuerda en Berlín. Mas que nunca estaba decidido el emperador á sacar en esta ocasión algún provecho para la Francia; pero evitó completamente dirigir ninguna exigencia expresa á la Prusia antes de la guerra, porque le constaba la repugnancia decidida del rey á todo tráfico de territorios y sabía que si insistiera en ello, el rey Guillermo habría preferido renunciar á la guerra, á la cual no se resolvió sino después de resistirse hasta lo último. Como para Napoleón lo más importante era que estallara la guerra, le convenía ante todo quitar todos los obstáculos que en la corte de Berlín se opusiesen á ella. El mismo motivo que le determinó á impulsar la conclusión de un tratado de alianza entre Prusia é Italia á fin de comprometer al rey Guillermo en la guerra, le detuvo también para presentar en Berlín exigencias que pudieran hacer desistir de la guerra al rey. Entonces quedó frustrado todo el plan de Napoleón para consolidar su familia en el trono de Francia. Cuando en 3 de junio dijo Bismarck á Benedetti que sentía muchísimo que el fracaso de la conferencia le hubiera privado de entenderse personalmente con el emperador, antes de estallar la guerra, sobre el caso, según él probable, de lograr la Prusia grandes ventajas, el embajador francés fué quien recordó al ministro de Prusia que él mismo le había dicho que el rey estaba inflexible tocante á no acceder á ninguna cesión de territorio prusiano, y que en el caso de ofrecer á Francia compensaciones, habrían de ser tomadas de países ó comarcas donde se hablara francés. Bismarck había observado á su soberano que para disponer de tales países era menester primero conquistarlos, y añadió, según Benedetti, que si la Francia pidiera á Colonia, Bonn y hasta Maguncia, preferiría desaparecer de la escena política á consentir en semejante cesión. Sin insistir Benedetti para que Bismarck se explicara más, dijo éste que no creía imposible decidir al rey á abandonarnos las orillas del alto Mosela, que unidas con Luxemburgo, donde la población está dispuesta á agregarse á la Francia, podrían ser la base de una rectificación de fronteras muy satisfactoria. «Me he contentado, dice Benedetti, con hacer presente á Bismarck que el Luxemburgo tenía dueño, lo mismo que la Bélgica y ciertos cantones suizos; mas como yo no deseaba entrar en discusión sobre estas contingencias, ni quise hacer suponer á Bismarck que sus ocurrencias tuviesen probabilidad de ser examinadas en París, corté la conversación de una manera que pudo convencer al ministro de que yo no quería continuarla. No sé decir si el señor de Bismarck, al hablar así, solo tuvo el propósito de hacerme hablar, ó si quería hacer enterar á V. E. de lo que pudiera ofrecer y de lo que no podríamos nosotros pedirle.» Se vé, pues, que el embajador de Francia eludió explicaciones respecto de este punto delicado y que solo aceptó la conversación de Bismarck para recordarle lo que Bismarck mismo le había dicho respecto de la imposibilidad de semejantes concesiones. Benedetti ha justificado esta conducta por su falta de instrucciones y por su

opinión, que era la de todos los franceses, de que la Prusia sería derrotada y de que al impetrar la mediación de la Francia haría ofrecimientos muy distintos de los que eran de esperar de Bismarck cuando ya estaba engreído con la idea de que la Prusia saldría victoriosa.

Cuando la guerra estuvo decidida y asegurada la paz preliminar de Nikolsburg, es decir, cuando estaba conjurado el peligro de una intervención armada de la Francia, recibió Benedetti el encargo de anunciar las exigencias de compensaciones de la Francia. Desde este instante empezó á tener responsabilidad en la cuestión, cuya gestión le ha valido tan grandes reconvenções y tuvo para el emperador consecuencias tan funestas. Sobre esto dice en su citado libro: «Me hallaba todavía en Nikolsburg y los plenipotenciarios de las potencias beligerantes estaban á punto de cerrar sus negociaciones, cuando se me dijo que el gobierno imperial se había decidido á pedir á la Prusia una compensación encaminada á rectificar nuestra frontera del Este y la cooperación de la misma potencia para obtener del rey de los Países-Bajos la cesión del Luxemburgo á cambio de una indemnización. Mis instrucciones me encargaban preparar al señor de Bismarck para este asunto y decir mi opinión sobre él (1).»

De la opinión ó dictámen pedido á Benedetti respecto de la exigencia de la compensación, dependían mucho las decisiones del emperador, y depende también mucho la fama de Benedetti como político; porque se encontró en el teatro de la guerra y en la corte y fué testigo ocular de los sucesos históricos que ocurrieron en Alemania y tuvieron tanta resonancia en Europa. El aumento de poderío de la Prusia había producido en Benedetti la impresión más inmediata y profunda, y esta impresión debía reflejarse en la contestación á la pregunta de si podía aconsejarse que después de la guerra se tuvieran exigencias que antes de ella habían sido consideradas completamente imposibles.

Respecto de su contestación dice Benedetti en su obra: «En vista de las importantes adquisiciones que la paz aseguraba al gobierno prusiano, creía yo que un cambio territorial era en adelante indispensable para nuestra seguridad. Con-

(1) Estas instrucciones estaban contenidas en un despacho del 23 de julio, siendo la contestación de Bismarck su carta del 26. Así resulta de una comunicación del ministro Drouyn de Lhuys al conde de Goltz, de cuyo escrito Rothan publica sin citar la fecha los siguientes pasajes (páginas 32 hasta 34): «Es perfectamente verdad que el emperador, al hacer valer sus buenos servicios para la paz, no ha vacilado en consentir que la Prusia pretendiera, á consecuencia de sus victorias, un aumento de territorio con tres y hasta cuatro millones de habitantes. Fuera de esto, no pudo desconocer que este aumento modificaría sensiblemente el equilibrio de las potencias; pero S. M. no tuvo intención de aumentar las dificultades de una obra de importancia europea con negociaciones prematuras con la Prusia sobre cuestiones territoriales que interesan á la Francia. Le pareció suficiente haberlas indicado, y se reservó examinarlas, de acuerdo con el gabinete de Berlín, tan pronto como hubiese terminado su papel de mediador. Cuantas veces he tocado en mis conversaciones con usted la cuestión de las modificaciones territoriales que podrían resultar á favor de la Prusia, he indicado la confianza de que el gabinete de Berlín reconocería que sería equitativo y justo conceder al imperio francés compensaciones que aumentarían hasta cierto grado su fuerza defensiva. En 23 de julio he recordado al señor Benedetti esta reserva en un despacho que ha sido aprobado por el emperador. Este despacho ha sido comunicado por nuestro embajador confidencialmente al señor de Bismarck, y éste, reconociendo la justicia del principio, ha expuesto hasta algunas ideas relativas á su realización práctica. Esta conversación, que me comunica el señor Benedetti en carta del 26 de julio, es anterior á la firma de la paz preliminar y del armisticio, y debía ser continuada más adelante. En contestación á esta carta he dirigido el día 29 un telegrama, aprobado igualmente por el emperador, al señor Benedetti, en el cual expreso nuestras intenciones con más precisión, cuyo telegrama debe de haber recibido nuestro embajador en Nikolsburg, ó cuando no, por duplicado en Berlín.» Este es el telegrama del cual se hablará luego.

testando á la pregunta que se me había hecho en este sentido, no omití mencionar las dificultades que habíamos de encontrar y que había señalado antes; de suerte que yo no he provocado nada ni tampoco he garantido el éxito: solo me he permitido esperar en la suposición de que estábamos en situación y disposición de pedirlo, siempre que nuestro lenguaje fuese firme y nuestra actitud resuelta. El señor Drouyn de Lhuys ha repetido mis juicios y la condición de la cual hice depender el resultado de nuestro paso (2).»

De estas palabras se infiere que Benedetti no se hizo cargo del aumento de poderío que se había efectuado y por consiguiente ni siquiera sospechó que las dificultades que antes había señalado con mucho acierto se habían transformado en imposibilidades, existentes ya en el modo de ver del rey, ya en las disposiciones de la nación, y que habían llegado á ser insuperables á consecuencia de las decisiones de Koniggratz y de Nikolsburg. En su inocencia, creía Benedetti que el logro del objeto que se trataba de alcanzar dependería del lenguaje que se le permitiese usar. En su consecuencia no contestó á la pregunta de su ministro disuadiéndole de las exigencias sino animándole á presentarlas y aconsejando un tono decisivo, es decir, que se amenazase con la guerra en caso de ser rechazadas, consejo que fué efectivamente seguido.

Sigue refiriendo Benedetti (3): «Sea como quiera, cuando regresé á Berlín en los primeros días de agosto recibí allí con orden de entregarlo al conde de Bismarck, un proyecto de tratado, que no se limitaba á rectificar nuestra frontera sino que proponía se entregara á la Francia toda la orilla izquierda del Rin con inclusión de la fortaleza de Maguncia. Desde Nikolsburg, al recibir el encargo de hablar al conde de Bismarck de nuestras exigencias, pedí permiso para dar mis explicaciones personalmente en París. Creía yo que esto era indispensable para meditar maduramente las diferentes contingencias que podría originar nuestra comunicación, para lo cual no bastaba la correspondencia escrita; y como el proyecto de tratado que se me había remitido desde París podía originar nuevas dificultades más graves, renové mi súplica. Entonces se me ordenó comunicar primero al gobierno prusiano el documento de que se trataba y presentarme después en París para decir al gobierno de qué modo había sido recibido.»

Contestó Drouyn de Lhuys desde Vichy en 4 de agosto: «Autorizo á usted para venir á París si cree que la prolongación de su presencia en Berlín no sea ya necesaria para llevar á cabo el asunto de que trata mi telegrama del 29 de julio.» A esta comunicación añade Rothan: «Se dice que Benedetti en vista de esta respuesta vaciló y pensó un momento en prescindir de sus instrucciones y ponerse en camino para hablar de esto con el señor Drouyn de Lhuys. Hizo mal en no seguir este primer impulso que le había inspirado la misma sabiduría. A haberlo seguido habría ahorrado á su país dolorosísimas pruebas.» En efecto, las habría evitado si hubiese dicho en Vichy al emperador y en París al ministro que lo que era imposible antes de la guerra se había hecho después más imposible que nunca. Antes de la guerra no conocía la Prusia toda su fuerza y á la sazón la conocía, y estaba persuadida también de su superioridad, de la cual antes no tenía idea exacta; de suerte que ningún rey de Prusia aunque quisiese podía presentar á su pueblo victorioso tales exigencias francesas. Además, si antes de la guerra las había

(2) En una carta dirigida al emperador con fecha 12 de octubre de 1867, copiada en el escrito de Pradier-Fodéré: *Documentos para la historia contemporánea*.

(3) *Mi misión en Prusia*, págs. 178 y 179.